

Homilía de XXX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“No se atrevía ni a levantar los ojos al cielo”

Introducción

Dicen que tal como se vive, así se ora, así se reza y no al revés. La vida nos sitúa en nuestra oración. El fariseo y el publicano del evangelio son dos formas de vivir, dos posturas de fondo y no simples gestos; son dos sensibilidades ante Dios por la manera de relacionarse con él (también se dice: dime comooras y te diré en qué Dios crees) y dos sensibilidades en la relación con los demás.

Desconcertante total la actitud de Jesús. Su mirada se dirige al humilde y justifica al publicano, pues es quien reconoce su necesidad y quiere construir su vida a partir de la misericordia de Dios y no de sus méritos. ¿No es más importante para Jesús una vida construida en la misericordia de Dios, que una vida religiosa, cumplidora?

Por otro lado, el gesto de orar solo, sin quitar su importancia y valor, si es solo para cultivar mi espiritualidad, mi salvación, mi yo, que me las apaña muy bien solo con Dios, es bien diferente del orar en comunidad, porque los necesito y me necesitan. Son dos situaciones o dos posturas de fondo ante la vida.



Fr. Pedro Juan Alonso O.P.
Convento de San Pedro Mártir (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 35, 12-14. 16-19a

El Señor es juez, y para él no cuenta el prestigio de las personas. Para él no hay acepción de personas en perjuicio del pobre, sino que escucha la oración del oprimido. No desdeña la súplica del huérfano, ni a la viuda cuando se desahoga en su lamento. Quien sirve de buena gana, es bien aceptado, y su plegaria sube hasta las nubes. La oración del humilde atraviesa las nubes, y no se detiene hasta que alcanza su destino. No desiste hasta que el Altísimo lo atiende, juzga a los justos y les hace justicia. El Señor no tardará.

Salmo

Salmo 33, 2-3 17-18. 19 y 23 R/. El afligido invocó al Señor, él lo escuchó.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R/. El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 4, 6-8. 16-18

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación. En mi primera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. ¡No les sea tenido en cuenta! Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyieran todas las naciones. Y fui librado de la boca del león. El Señor me librará de toda obra mala y me salvará llevándome a su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según San Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que se confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: «¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo». El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Oh Dios!, ten compasión de este pecador». Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Pautas para la homilía

Los que se creen justos

No hay dudas, esta parábola va directa al corazón de los que se creen justos. Los detalles de la narración seccionan y priorizan perfectamente lo que Jesús quiere y la comunidad de Lucas ha experimentado en su propia vida como principio de oración grata a él. Lo que parece más incomprensible es la reacción de Jesús ante la vida de personas tan distintas y, todavía más, que se particularice con el recaudador tan poco moral en el trabajo, aunque muy claro en su expresión oracional.

Las miradas

Si nos fijamos en sus oraciones, solo se parecen en el comienzo: ¡Oh Dios! El **fariseo**, de pié como pez en el agua en el templo, mira desde arriba, se mira a sí mismo, a su interior; piensa bien de sí mismo, confía en sí mismo y en lo que hace bien, sus méritos, sus obras buenas; se compara con los demás y se ve mejor que ellos, no les entiende, ni comprende, más bien les desprecia por sentirse superior. Es más, hace más de lo que pide la ley. Es autocoplaciente y ególatra e incluso cree que tiene derechos ante Dios. "Se mira", más que mirar y contar con los demás, no ora, sino que se complace en sus bondades y se siente bien así ante Dios. Nada dice de su actitud ni para con Dios ni para con los demás, de su compartir y justicia con los demás hermanos. En el fondo se siente a gusto, se sincera y su conciencia no le acusa de nada. Parece hasta agradecido

El **publicano**, fuera de lugar (sin saber cómo estar en el templo, porque va a ser mal vista su presencia), mira hacia abajo, casi no se atreve a mirar al cielo, pero no por falta de necesidad y confianza, sino por indignidad; pide compasión, se siente necesitado y pecador, angustiado, conmocionado. Su tarjeta de presentación son robos y extorsiones de un trabajo sucio y se siente incapacitado para cambiar de vida. Pero sí que mira a Dios, que aunque sabe que no aprueba su vida, reconoce que le acoge, porque es pura bondad y está con los necesitados, como él.

Los dioses del fariseo y del publicano

Un Dios leguleyo, castigador, justiciero, exigente, impasible e incapaz de entender,... que trae consigo la rigurosidad y la necesidad de hacer sacrificios y méritos para aplacarle está detrás de fariseo y un Dios compasivo, amoroso, que entiende y salva gratuitamente, a pesar de la catadura moral, detrás del publicano. La conclusión de Jesús es clara: no reconoce, ni le da importancia al piadoso fariseo y sí que se fija en el pecador publicano, al que por su actitud le concede marcharse justificado a su casa. ¿No será que las seguridades vienen cuando hay necesidad de la misericordia de Dios y no cuando nos presentamos con nuestras bondades? La ilusión de nuestra inocencia y nuestras aparentes bondades nos engañan. Además no seremos tan buenos si nos autorizamos para juzgar, nos compararnos y nos creemos muy superiores a los demás. No somos superiores a los demás por muchos rezos que hagamos, la compasión de Dios es para todos.

En el fondo, el fariseo no sabe lo que es orar, porque no es capaz de reconocer lo que Dios es para él, ni se sabe reconocer a sí mismo en su pequeñez. Parece que Dios es él mismo, ya que lo que cuentan son sus obras y su capacidad de desprecio a los demás. Es tan autosuficiente que Dios está demás en su vida. Reconocerse necesitado y hasta pecador, capaz de misericordia es la actitud oracional, que sitúa a la vida en el camino verdadero. No es lo mismo tener a un dios legalista y caprichoso que acogerse y abrirse a su misericordia.

Nuestras miradas

Debieran dirigirse a nosotros mismos, para ver si nos reconocemos "justos", seguros de nosotros mismos ante Dios por lo que hacemos, como si la fe fuera hacernos el seguro del coche, la casa, ¿basamos nuestra relación con Dios en lo que hablo, lo que hago de limosnas, en lo que le pido o en mi sinceración reconociendo lo que soy, presentándome así: con una mochila pesada por mis debilidades, pero a la vez necesitado de misericordia? ¿confiamos en Dios o en nuestras comparaciones con los demás? ¿no correré el riesgo de mirar "solo arriba" y no ver abajo, a "los de mi alrededor"? La necesidad nos une a todos y debiera hermanarnos. ¿Quién me justifica: "mis limosnas" o mi entrega a los demás callada?

Atención a la ilusión de que soy inocente, la prepotencia de juzgar a todo lo que se mueve a mi alrededor y la tranquilidad por ser cumplidor ante Dios y creerme considerado por los demás. ¿Qué amor y salvación pueden agradecer estas personas, cuando su seguro y protección son sus obras, su observancia leguleya?

Jesús sigue del lado de los débiles, incapaces de cumplir la moral de la iglesia, a pesar de sus buenos propósitos; de los que están presos de una vida indigna sin poder salir de ella; de los que el peso de sus cosas mal hechas no les deja mirar a los ojos, ni a sus familiares, ni a los de los demás; de los que su fe religiosa está poco fundamentada, pero dispuestos a escuchar; de los que extorsionan, pero lo reconocen; de los que los demás juzgan y condenan y creen que no tienen perdón, ni nadie que los entienda; en fin, de los que llevan una mochila tan pasada de sentimientos y resentimientos, que los miedos les echan para atrás.

No cabe duda, también Jesús está del lado de los cumplidores y fariseos, pero para hacerles ver que no es prioritario su cumplimiento, que puede ser importante, pero nunca necesario, ni lo más grande.



Fr. Pedro Juan Alonso O.P.
Convento de San Pedro Mártir (Madrid)

Evangelio para niños

XXX Domingo del tiempo ordinario - 27 de octubre de 2019



El publicano y el fariseo

Lucas 18, 9-14

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás: - Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el décimo de todo lo que tengo. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquel no. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Explicación

Para hablar con Dios debemos hacerlo con sencillez. Eso quiere decir Jesús cuando cuenta esta historia a sus amigos : Dos hombres fueron al templo a orar. Uno de ellos se puso muy adelante y dijo : Te doy gracias Dios, porque no soy como los demás, ladrones, mentirosos y tramposos. Yo pago los impuestos religiosos y cumpleo con la ley del ayuno. El otro, escondido en el fondo del templo, decía : Oh Dios, perdóname que soy un pecador !. El primero no fue escuchado. El segundo sí.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Entre los que se acercaban a Jesús a escuchar sus enseñanzas, había gente de toda clase, de distinta religión, ricos y pobres; y Jesús oía toda clase de conversaciones.

Publicano: Vosotros los fariseos sois unos creídos. Os creéis más que los demás, porque habéis estudiado. Unos orgullosos... eso es lo que sois.

Fariseo: A vosotros sí que no os quiere nadie. Mucha envidia es lo que tenéis. Sí, envidia porque somos más listos que vosotros y más buenos. Vosotros sois malos y pecadores, y no se puede hablar con vosotros.

Narrador: Este era el tono, que amenazaba proximidad de tormenta. La cosa se iba poniendo muy seria. ¡Eh! amigos, escuchad... ¡Eh! escuchad. Creo amigos que os va a venir muy bien, pero que muy bien, lo que dice Jesús. Escuchad, por favor.

JESÚS: Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo.

Narrador: Los fariseos eran personas que se sabían de carretilla la Ley de Moisés, y presumían de cumplirla al pie de la letra.

JESÚS: El otro era un publicano.

Narrador: Los publicanos se encargaban de cobrar los impuestos, que exigía Roma. Por eso el pueblo no les tenía cariño, y los fariseos los despreciaban... Pero, oigamos lo que dice Jesús.

JESÚS: El fariseo, en pie, en medio del templo, oraba así: ¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros. Tampoco soy como ese publicano. Yo ayuno dos veces por semana y entrego al templo una parte de todo lo que gano, como manda la ley.

Narrador: El otro, el publicano, se había colocado en un rincón del templo, de rodillas, sin atreverse a levantar la cabeza. Escuchemos...

JESÚS: El publicano oraba así: ¡Dios mío!, ¡Dios mío! ten compasión de mi porque soy un pecador.

Narrador: Y Jesús dirigiéndose a todos los que le escuchaban, les dijo:

JESÚS: Os digo, que el publicano volvió a su casa estando a bien con Dios y el fariseo no. Porque todo el que se cree importante será humillado y el que se humilla será importante ante Dios.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández